

ORIHUELA

SEMANA SANTA

Revista Anual de la Semana Mayor Oriolana

Núm. 18

ABRIL

1960

COLABORAN

Camilo José Cela
Giovanni Papini
José Crisanto López
Ricardo Correa Ferrer
Asensio Sáez García
Alfonso Sánchez Martínez
Carlos Poveda
Antonio Sequeros López
Eugenio de Pinumbrió
Joaquín Más Nieves
Enrique Botella Oltra
Federico Andreu

ILUSTRACIONES

Ferrández
Carlos Vicente

FOTOS:

Fenoll
Abellán
Loino

MONTAJE Y EDICION:

Francisco Martínez Marín

FOTOGRAFADO E IMPRENTA

Talleres LA VERDAD — Murcia

ANUNCIOS

Oratorio Festivo—ORIHUELA



ESQUINAS DE LA PROCESION

Por Asensio SAEZ

Aquellos lirios cárdenos del “paso” se habían bebido toda la tinta morada de la Semana Santa.

* * *

Lagrimón petrificado de la cera. Estalactita de llanto mecida sobre la fresca jardinería ambulante de las andas. Cirio de la procesión.

* * *

Nadie percibió que aquella noche amarga y única de la Semana Santa la Dolorosa lloró de veras.

* * *

Aquella noche el historiado balcón de filigrana de forja permaneció cerrado. Todos los años se abría cuando los primeros clarines acuchillaban la calle, haciendo cauce al río de oro del cortejo. Entonces, desde arriba, unos ojos enfermos y cansados se bebían la magia de la procesión fastuosa. Pero llegó el año — todos sabían que había de llegar aquel año — en que el balcón no se abrió. Quedó flotando en la noche una leve tristeza, una menuda

nostalgia tan pequeña como un pájaro pero que no lograron disipar las ampulosas marchas de los músicos, el aroma triunfal de los claveles, ni siquiera toda la magia de la procesión fastuosa.

* * *

Aun siendo aquel Hombre sentado a la vera del pozo el gran Sedito, era ella, Samaritana del cantarico de arcilla, la que recibía humildemente, sobre la otra tierra menuda de su corazón, la lluvia fresca y fértil que haría frutecer, al fin, su pobre vida.

* * *

Portento de la Semana Santa de Orihuela. Cristo de la Agonía, morado y mínimo. Su sangre, sin embargo, alcanza a salpicar a toda la ciudad.

* * *

Conoció el hombre que su culpa estaba perdonada, absuelto su corazón, en que habiendo quedado la noche más negra y cerrada después de la procesión, su alma rebosaba de infinitas claridades.

* * *

La luz lechosa del alba apagaba el brillo de los cirios como viejas estrellas gastadas.

* * *

Pasaba Cristo, crucificado en su peana de claveles. Como el hombre apenas sabía rezar, todo se lo dijo cantando, en una saeta breve, sencilla e íntima, que fue a clavarse directamente en el corazón de Dios.

* * *

Todo lo que había de turbio y dudoso, de inconfesable, en aquella calle triste, lo barrió al pasar la Dolorosa con la cola de terciopelo de su manto.